

Q. 27552

EL ANILLO ENCANTADO.

CUENTO.

Erase una vez un joven mas bello que el dia, llamado Rosmundo, tan recomendable por su virtud y belleza de espiritu, como era odioso su hermano mayor, llamado Braminto, por la maldad de sus sentimientos. Lleno este de rabiosa envidia por la predileccion de que era objeto su hermano, inventó una calumnia horrible con el objeto de perderle, cual fué la de acusar á Rosmundo, cerca de su padre, de estar en inteligencia secreta con un vecino, grande enemigo de la familia, y á quien le contaba todo lo que pasaba en casa. Exhalándose el padre en furiosas imprecaciones contra su hijo, le encerró en un cuarto por espacio de muchos dias, privándole del debido alimento; y acabó por arrojarle de la casa paterna, amenazándole de muerte si volvía á ella.

La pobre madre, que se sintió desfallecer al escuchar semejante mandato, no osó impedir ni con la menor palabra la ruda determinacion de su esposo; pero entregándose á este silencio, dió libre curso al llanto amargó de su desesperacion y de su incomparable dolor.

Entre tanto, cumpliendo Rosmundo la orden de su padre, hizo un ligero lio de sus mas indispensables ropas, y echándose al hombro, colgado del puño de una espada que tomó para su defensa, salió llorando; é incierto de su direccion, acabó al paso de algunas horas por encontrarse en una espesa floresta.

La noche le sorprende al pié de una roca, y viendo á poca distancia la entrada de una caverna tapizada del musgo regado por un claro y manso riachuelo, introdujose en ella, y se deja vencer del sueño que le producía su cansancio y sus pesares.

Al amanecer la sonrosada aurora se despierta, y levantándose para emprender su incierta marcha, vió de repente una hermosísima dama cazadora, que montando un brioso y blanco corcel, caracoleaba con gracia, atravesando la espesura.

—Jóven, dijo ella á nuestro peregrino; ¿no has visto pasar un ciervo seguido de los perros?

—No señora, respondió Rosmundo con melancolía, aunque con su amabilidad y cortesania habitual.

La cazadora acabó de detener al corcel, y dirigiendo á Rosmundo una dulce y consoladora mirada, le dijo:

—Veo que te hallas afligido... qué tienes?

—Ah, señora!...

El jóven no pudo concluir: un torrente de lágrimas ahogó su voz en la garganta.

—Consuélate, repuso la hermosa con inefable bondad: hé aquí una sortija que te hará el mas feliz y poderoso de los hombres, con tal de que no abuses nunca de tu poder. Cuando vuelvas el diamante hácia adentro, serás invisible: cuando lo pongas hácia afuera aparecerás visible: si introduces el anillo en el dedo pequeño, te parecerás al hijo del rey, y te verás seguido de una soberbia corte; y cuando te le pongas en el dedo anular, te presentarás con tu figura natural.

El jóven comprendió que la dama que acababa de hablarle era una encantadora, y no pudo menos de arrojarse á los piés del corcel como muestra de su rendimiento y gratitud.

La maga, después de haber dirigido una sonrisa á su protegido, partió al galope, desapareciendo bien pronto en la espesura.

Rosmundo tomó inmediatamente su partido; y el deseo de recobrar lo que le habia hecho perder la maldad de su hermano, le hizo encaminar los pasos hácia su casa, ganoso tambien de experimentar la virtud de su sortija.

Llegado á la casa paterna, hácese ver de su madre solamente, y arrojándose á sus brazos, la cuenta la maravillosa aventura que acababa de sucederle. En seguida, introduciendo en el dedo pequeño el anillo encantado, apareció exactamente como el príncipe, hijo del rey, con cien hermosos caballos, y un gran número de oficiales ricamente vestidos.

El padre se quedó absorto de ver al hijo del rey en su insignificante vivienda; y embarazado hasta el esceso, prodigaba al príncipe los mayores respetos, creyéndolos todavía insuficientes para lo que se merecia el primogénito de tan poderoso monarca.

Entonces dirigiéndole Rosmundo la palabra le dice:

—Teneis hijos?

—Sí señor, respondió.

—Cuántos?
—Dos, señor.
—Hacedles venir, dijo el príncipe: desee verlos... quiero hacer su fortuna.

Saliendo el padre volvió con el mayor.

—Señor, aquí teneis el primogénito.

—Y el menor?... También quiero verle, amigo mio.

—No se halla en casa, señor.

—Y qué es de él?

—Le he arrojado lejos de mí...

—Arrojado lejos de vos!...

—Habia cometido una gran falta, y la severidad ha tenido que ocupar la plaza del cariño y de la piedad paterna.

—Sin embargo... la severidad llevada á ese esceso... Pero hablemos de vosotros: que vuestro primogénito me siga; y en cuanto á vos, obedeced á mis guardas, que os conducirán al lugar que les indicaré.

Así sucedió: dos guardas condujeron al anciano á un lugar en que se hallaba la encantadora; y esta, habiéndole tocado con una vara de oro, le hizo entrar en una caverna tan sombría como profunda, donde quedó encantado.

—Permaneced ahí, le dijo, permaneced ahí en tanto que vuestro hijo no vuelva por vos.

Entre tanto, y habiendo sucedido una guerra con una isla muy lejana, habia tenido que embarcarse el príncipe, y se hizo á la vela en una soberbia nave. Llevada esta por los vientos sobre desconocidas costas, naufragó; y el hijo del rey cayó cautivo en manos de un pueblo salvaje.

Rosmundo se aprovechó de esta circunstancia para aparecer en la corte como si él fuera el mismo príncipe que se lloraba perdido: su llegada ocasionó los mas vivos y generales regocijos; y especialmente el monarca, trasportado de gozo, no podia hablar, contentándose con derramar lágrimas abundantes, y estrechar contra su corazon á aquel hijo que habia considerado muerto.

A mayores escesos de ternura se entregó la reina; y en una palabra, todo el imperio dió inequívocas muestras de la suprema dicha que el recobro de su príncipe inspiraba en los pechos de todos.

Un dia en que Rosmundo se hallaba solo con su hermano, le dijo:

—Braminto, no ignoras que por labrar tu suerte te he sacado de la aldea en que yacias olvidado; pero yo sé que eres un impostor, y que una mentira tuya ha causado la desgracia de tu hermano Rosmundo. Yo le tengo encerrado en una de las cámaras de palacio, y quiero que le hables... quiero que oigas de su boca los justos reproches que por tu gravísima falta mereces.

Braminto, temblando como un azogado, arrojase á los piés del príncipe, y pide perdon de sus faltas.

—No á mí, sino á él, dice el príncipe, has de impetrar el perdon... esto es lo que debes procurar; y serás harto feliz si lo logras, pues tu falta es de las mas graves.

Obedeciendo Braminto á las órdenes del príncipe, entró en el gabinete designado. Entre tanto cambia Rosmundo la posicion de la sortija, y pasando al gabinete de que hablamos por medio de una puerta secreta, aparece con su figura natural.

Braminto quedó aterrado al ver á su hermano: arrojándose á sus piés, sin poder articular palabra, eleva hácia él sus manos en señal de súplica de perdon, y promete con entrecortadas frases reparar todas sus faltas. Rosmundo levanta á su hermano, le perdona, y le dice:

—Yo poseo todo el favor del príncipe: una palabra mia seria bastante para perderte, encerrándote por toda la vida en una prision; pero yo quiero ser tan bueno contigo, como conmigo has sido malo.

Braminto, confundido con la generosidad de Rosmundo, respóndele sumiso, sin atreverse á alzar los ojos, sin atreverse á llamarle hermano.

En este tiempo tuvo principio una furiosa guerra entre el rey y otro monarca limitrófe, que trataba de usurpar á aquel una provincia. Rosmundo marchó á la corte; y por medio de su anillo penetró invisibles en todos los consejos secretos, apoderándose de todos los planes: después de esto sale de la corte; y desbaratando todos aquellos con la

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

Q-CON

EL ANILLO ENCANTADO.

CUENTO.

Erase una vez un joven mas bello que el día, llamado Rosmundo, tan recomendable por su virtud y belleza de espíritu, como era odioso su hermano mayor, llamado Braminto, por la maldad de sus sentimientos. Lleno este de rabiosa envidia por la predilección de que era objeto su hermano, inventó una calumnia horrible con el objeto de perderle, cual fué la de acusar á Rosmundo, cerca de su padre, de estar en inteligencia secreta con un vecino, grande enemigo de la familia, y á quien le contaba todo lo que pasaba en casa. Exhalándose el padre en furiosas imprecaciones contra su hijo, le encerró en un cuarto por espacio de muchos días, privándole del debido alimento; y acabó por arrojarle de la casa paterna, amenazándole de muerte si volvía á ella.

La pobre madre, que se sintió desfallecer al escuchar semejante mandato, no osó impedir ni con la menor palabra la ruda determinación de su esposo; pero entregándose á este silencio, dió libre curso al llanto amargo de su desesperación y de su incomparable dolor.

Ento tanto, cumpliendo Rosmundo la orden de su padre, hizo un ligero lio de sus mas indispensables ropas, y echándose al hombro, colgado del puño de una espada que tomó para su defensa, salió llorando; é incierto de su dirección, acabó al paso de algunas horas por encontrarse en una espesa floresta.

La noche le sorprende al pié de una roca, y viendo á poca distancia la entrada de una caverna tapizada del musgo regado por un claro y manso riachuelo, introdujose en ella, y se deja vencer del sueño que le producía su cansancio y sus pesares.

Al amanecer la sonrosada aurora se despierta, y levantándose para emprender su incierta marcha, vió de repente una hermosísima dama cazadora, que montando un brioso y blanco corcel, caracoleaba con gracia, atravesando la espesura.

—Jóven, dijo ella á nuestro peregrino; ¿no has visto pasar un ciervo seguido de los perros?

—No señora, respondió Rosmundo con melancolía, aunque con su amabilidad y cortesía habitual.

La cazadora acabó de detener al corcel, y dirigiendo á Rosmundo una dulce y consoladora mirada, le dijo:

—Veo que te hallas afligido... qué tienes?

—Ah, señora!...

El jóven no pudo concluir: un torrente de lágrimas ahogó su voz en la garganta.

—Consuélate, repuso la hermosa con inefable bondad: hé aquí una sortija que te hará el mas feliz y poderoso de los hombres, con tal de que no abuses nunca de tu poder. Cuando vuelvas el diamante hácia adentro, serás invisible: cuando lo pongas hácia afuera aparecerás visible: si introduces el anillo en el dedo pequeño, te parecerás al hijo del rey, y te verás seguido de una soberbia corte; y cuando te le pongas en el dedo anular, te presentarás con tu figura natural.

El jóven comprendió que la dama que acababa de hablarle era una encantadora, y no pudo menos de arrojarse á los piés del corcel como muestra de su rendimiento y gratitud.

La maga, después de haber dirigido una sonrisa á su protegido, partió al galope, desapareciendo bien pronto en la espesura.

Rosmundo tomó inmediatamente su partido; y el deseo de recobrar lo que le había hecho perder la maldad de su hermano, le hizo encaminar los pasos hácia su casa, ganoso tambien de experimentar la virtud de su sortija.

Llegado á la casa paterna, hácese ver de su madre solamente, y arrojándose á sus brazos, la cuenta la maravillosa aventura que acababa de sucederle. En seguida, introduciendo en el dedo pequeño el anillo encantado, apareció exactamente como el príncipe, hijo del rey, con cien hermosos caballos, y un gran número de oficiales ricamente vestidos.

El padre se quedó absorto de ver al hijo del rey en su insignificante vivienda; y embarazado hasta el esceso, prodigaba al príncipe los mayores respetos, creyéndolos todavía insuficientes para lo que se merecía el primogénito de tan poderoso monarca.

Entonces dirigiéndole Rosmundo la palabra le dice:

—Teneis hijos?

—Sí señor, respondió.

—Cuántos?

—Dos, señor.

—Hacedles venir, dijo el príncipe: deseo verlos... quiero hacer su fortuna.

Saliendo el padre volvió con el mayor.

—Señor, aquí teneis el primogénito.

—Y el menor?... También quiero verle, amigo mio.

—No se halla en casa, señor.

—Y qué es de él?

—Le he arrojado lejos de mí...

—Arrojado lejos de vos!...

—Había cometido una gran falta, y la severidad ha tenido que ocupar la plaza del cariño y de la piedad paterna.

—Sin embargo... la severidad llevada á ese esceso... Pero hablemos de vosotros: que vuestro primogénito me siga; y en cuanto á vos, obedeced á mis guardas, que os conducirán al lugar que les indicaré.

Así sucedió: dos guardas condujeron al anciano á un lugar en que se hallaba la encantadora; y esta, habiéndole tocado con una vara de oro, le hizo entrar en una caverna tan sombría como profunda, donde quedó encantado.

—Permaneced ahí, le dijo, permaneced ahí en tanto que vuestro hijo no vuelve por vos.

Entre tanto, y habiendo sucedido una guerra con una isla muy lejana, había tenido que embarcarse el príncipe, y se hizo á la vela en una soberbia nave. Llevada esta por los vientos sobre desconocidas costas, naufragó; y el hijo del rey cayó cautivo en manos de un pueblo salvaje.

Rosmundo se aprovechó de esta circunstancia para aparecer en la corte como si él fuera el mismo príncipe que se lloraba perdido: su llegada ocasionó los mas vivos y generales regocijos; y especialmente el monarca, trasportado de gozo, no podía hablar, contentándose con derramar lágrimas abundantes, y estrechar contra su corazón á aquel hijo que había considerado muerto.

A mayores escesos de ternura se entregó la reina; y en una palabra, todo el imperio dió inequívocas muestras de la suprema dicha que el recobro de su príncipe inspiraba en los pechos de todos.

Un día en que Rosmundo se hallaba solo con su hermano, le dijo:

—Braminto, no ignoras que por labrar tu suerte te he sacado de la aldea en que yacias olvidado; pero yo sé que eres un impostor, y que una mentira tuya ha causado la desgracia de tu hermano Rosmundo. Yo le tengo encerrado en una de las cámaras de palacio, y quiero que le hables... quiero que oigas de su boca los justos reproches que por tu gravísima falta mereces.

Braminto, temblando como un azogado, arrojase á los piés del príncipe, y pide perdon de sus faltas.

—No á mí, sino á él, dice el príncipe, has de impetrar el perdon... esto es lo que debes procurar; y serás harto feliz si lo logras, pues tu falta es de las mas graves.

Obedeciendo Braminto á las órdenes del príncipe, entró en el gabinete designado. Entre tanto cambia Rosmundo la posición de la sortija, y pasando al gabinete de que hablamos por medio de una puerta secreta, aparece con su figura natural.

Braminto quedó aterrado al ver á su hermano: arrojándose á sus piés, sin poder articular palabra, eleva hácia él sus manos en señal de súplica de perdon, y promete con entrecortadas frases reparar todas sus faltas. Rosmundo levanta á su hermano, le perdona, y le dice:

—Yo poseo todo el favor del príncipe: una palabra mia sería bastante para perderte, encerrándote por toda la vida en una prision; pero yo quiero ser tan bueno contigo, como conmigo has sido malo.

Braminto, confundido con la generosidad de Rosmundo, respóndele sumiso, sin atreverse á alzar los ojos, sin atreverse á llamarle hermano.

En este tiempo tuvo principio una furiosa guerra entre el rey y otro monarca limítrofe, que trataba de usurpar á aquel una provincia. Rosmundo marchó á la corte; y por medio de su anillo penetró invisibles en todos los consejos secretos, apoderándose de todos los planes: después de esto sale de la corte; y desbaratando todos aquellos con la

facilidad consiguiente, destruyó al enemigo, derrotándole en una sangrienta batalla, acabando por coronar su empresa con una paz gloriosa.

El rey no tenía otro pensamiento que el de hacer, á aquel que creía hijo suyo, desposarse con la princesa heredera de un reino vecino, que era mas bella que las Gracias; Rosmundo quiso por el contrario rescatar al verdadero príncipe. Bajo pretexto de una negociación secreta en un estado limítrofe, embarcose en un bajel, donde fué conducido por los vientos á los bordes de la isla en que se encontraba el hijo del rey.

Este príncipe sufría la cautividad mas terrible entre un pueblo salvaje, y su dueño le obligaba á guardar sus rebaños. Rosmundo invisible se presenta á él, y echándole su manto, que tambien le convierte en invisible, le libra de las manos de aquel pueblo cruel. Embarcados juntos inmediatamente, sobreviene un viento favorable; y á beneficio de este elemento, arribaron al cabo de poco tiempo á las costas de su país; y poco después entraron en la cámara del rey, quien al descubrir la verdad, ofreció á Rosmundo inmensas riquezas. Pero Rosmundo solo pidió al rey la gracia de conservar en favor de Braminto un empleo que desempeñaba en la corte.

En cuanto á él, temiendo la inconstancia de la fortuna, la envidia de los hombres y su propia fragilidad, quiso retirarse á su aldea junto á su madre, donde comenzó á ganar su sustento en el cultivo de la tierra. Por supuesto que antes de todo libertó á su padre de la cautividad, siendo el sosten del anciano y el bienhechor de toda su familia, teniendo el envidialle placer de hacer bien á todos los que le habían hecho mal. Después de haber prestado los mas grandes servicios á la corte, solo quiso de ella la libertad de vivir lejos de la corrupción.

Para colmo de sabiduría, entró en recelos de que su anillo le tentase á salir de su soledad, impulsándole otra vez hácia los grandes negocios; este recelo le llevó de nuevo al bosque en que tantos bienes habia recibido de la encantadora, con la esperanza de que se le volviese á presentar. Esta le favoreció en efecto con otra visita; y Rosmundo al verla, la entrega el anillo encantado, diciendo:

—Yo os devuelvo un don de tan gran precio, pero de cuyas ventajas es tan fácil abusar. Solo me veré seguro de mí mismo cuando me falte ese poderoso medio de salir de mi soledad, y de dar pábulo á mi ambicion.

En tanto que Rosmundo devolvía la encantada sortija, Braminto, cuyo ruin natural era incorregible, se abandonó á sus inspiraciones siempre depravadas, y trató de engañar al jóven príncipe, que á la sazón habia heredado ya la corona de sus mayores, diciéndole mil torpezas de Rosmundo, á quien le indujo á tratar indignamente. El hada dijo á Rosmundo:

—Vuestro hermano, siempre impostor, ha querido haceros sospechoso al nuevo rey, y perderos: merece pues ser castigado. Así pues yo le haré un presente de este anillo que me devolveis.

Rosmundo flora amargamente la presunta desgracia de su hermano, diciendo á la encantadora:

—¿Cómo consentis en hacerle tan peligroso regalo? Ay!... mi hermano abusará de él persiguiendo á todos los hombres de bien, que sacrificará al menor de sus caprichos: sus ambiciones no conocerán límites; y queriendo ser el mas poderoso, será el mas desgraciado de los hombres.

—En efecto, dijo el hada: las mismas cosas pueden servir á los unos de remedios saludables, y á los otros de un veneno mortal. La prosperidad es para los malos la fuente de todas las desgracias. Vuestro hermano merece pues experimentar estos gozes á que sus pasiones le arrastran; ah!... no tardará en verse ahogado en ellos.

Braminto, dueño de la sortija, no piensa mas que en descubrir el secreto de todas las familias, en cometer traiciones ó infamias, en espiar los consejos del rey, y en robar las riquezas de los particulares. Sus crímenes invisibles llegaron á espantar á todo el reino: el rey viendo tantos secretos descubiertos, no sabia á qué atribuir este inconveniente; mas la prosperidad sin límites, y la inimitable insolencia de Braminto, le hicieron suponer que él poseía el anillo encantado de su hermano.

Empeñado en descubrir la verdad, se sirvió de un extranjero de una nacion enemiga, á quien regaló de antemano una enorme suma: este hombre llegó por la noche á la casa de Braminto, á ofrecerle de parte del rey enemigo bienes y honores inmensos, si queria hacerle saber por medio de espías los secretos de su soberano. Todo lo promete Braminto; y el extranjero, para acabar de catequizarle, le entrega un grande y espléndido regalo que le dice procede de su monarca. Braminto da al extranjero todas las seguridades necesarias, haciéndole saber que posee un anillo que le hace invisible; y aquel marcha con estas noticias á dar cuenta de su comision.

A la mañana siguiente el rey le hizo prender: apoderándose por sorpresa del anillo y de muchos papeles que probaban sus crímenes, hizo formarle causa, y Braminto veía preparar el patíbulo en que iba á purgar sus excesos. En vano se presentó Rosmundo en la corte y demandó gracia en favor de su hermano: el rey no quiso escucharle, y Braminto perdió la vida en un cadalso.

El rey, por consolar á Rosmundo de la venganza de Braminto, le devolvió el anillo, como un tesoro de infinito precio: Rosmundo, siempre inconsolable, volvió á buscar el hada en el bosque.

—Tomad, le dice, vuestro anillo: la esperiencia de mi hermano robustece mi opinion acerca de los temores que su posesion peligrosa me inspira: ¿quién será bastante virtuoso para saber hacer de él un buen uso?

—Le recibo pues, hijo mio; y puesto que habeis formado una justa opinion de su valor, solo me propongo favorecer con sus dones á aquellos en quienes pueda haber depositado la confianza que me inspirasteis la primera vez que os lo he dado, para que os sirviese para vengaros de vuestro enemigo.

FIN.